

34  
15-nov-99

Nº 34



# SOCIOLOGÍA

## Sección española.

### EL INDIVIDUO Y EL ESTADO

(CONTINUACIÓN)

#### Posición actual del problema.

Así las cosas, inicióse el movimiento socialista moderno, nacido á consecuencia del inmenso desarrollo industrial de nuestros tiempos, que ha llegado á una complicación nunca antes sospechada, y cuyas crisis, por tanto, ahora producidas en amplísima esfera, no podían menos de atraer poderoso interés hacia la defectuosa constitución actual de la vida económica. Sin entrar por el momento en el juicio de las tendencias socialistas, sería cifical desconocer la parte en que han contribuido á proponer y definir el problema de las atribuciones del Estado. La extensión que á estas atribuciones concedían cuantos reclamaban su auxilio para transformar las relaciones de la propiedad mueble é inmueble, estableciéndola sobre nuevos principios, enteramente ajenos á los que sirven de base á su organización presente, comenzó por alarmar á los intereses amenazados, y concluyó por suscitar contra las pretensiones reformistas una crítica, que había de venir á indagar, en primer término, los límites más allá de los cuales no era lícito pedir al Estado cosa alguna. Bastiat representa como nadie este primer resultado, principalmente negativo por su intención y punto de partida, del movimiento contra el socialismo y de la discusión acerca de la competencia del Estado.

Esta discusión, sin embargo, produjo otro fruto positivo de no menor importancia, y cuyo carácter se fué acentuando de día en día. Reducida la órbita del poder político, no podían quedar á cargo meramente del individuo muchos intereses, cuya naturaleza requiere órganos más capaces y robustos. Esta exigencia se había sentido en todo el proceso de la Historia; pero las ideas clásicas llevaban á considerar que todo cuanto excedía del poder del individuo y revestía carácter propiamente social, entraba al punto bajo el dominio del Estado, no habiendo otro vínculo, otros órganos, otras instituciones, otros fines, con carácter social, que los de éste, al cual ahora se pretendía sustraer tantos y tan graves asuntos. Nació así la tendencia á suplir la limitación de los individuos, no como en lo antiguo, por medio de la acción política, sino de su unión voluntaria para alcanzar todos los bienes que no obtendrían por sus fuerzas aisladas. Y comparando luego estas asociaciones libres con otros círculos más ó menos sujetos á la intervención del poder, pero que no podían reputarse órganos directos del mismo, como la familia, ó las confesiones religiosas, fueron sustrayendo-



se cada día nuevos órdenes al imperio político, y surgió poco á poco la idea de una esfera total, no ya distinta, sino harto más amplia que la del Estado, región vaga al principio, pero gradualmente definida en límites cada vez más concretos y en la cual brotaron, como brotan las oposiciones sucesivas de la indiferencia primordial del germen, instituciones, órganos, círculos, cuya complicada pluralidad vino á constituir un todo, más ó menos sistemático.

Así se ha ido formando la idea moderna de la sociedad, y así ha nacido también una de las ciencias, de cuya fundación más se congratula nuestro siglo: la *sociología*. De un socialista, Augusto Comte, recibió su nombre; y, desde entonces, la llamada filosofía positiva no ha dejado de contribuir á la organización y perfeccionamiento de este nuevo orden del saber, cultivado hasta ahora casi exclusivamente por positivistas y krausianos, aunque en sentido diverso (1). Conviene, sin embargo, advertir que, si bien el positivismo ha prestado eminentes servicios á la sociología, todavía no parece haber llegado en ninguno de sus principales representantes en esta esfera, Comte, Spencer, Schäffle, Liliensfeld, á una clara concepción de su propio objeto, confundiendo más ó menos—aun los que más de individualistas blasonan—la sociedad y el Estado, el problema social y el político, bajo el peso de una tradición, que no acierta fácilmente á hallar otro vínculo social que el derecho; y aun éste, entendido al modo exterior, sensible y casi material, que es uso.

De todos modos, el problema de los límites entre el Estado y el individuo se ha modificado considerablemente, revistiendo, por una parte, carácter positivo, y extendiéndose, por otra, merced á la idea de la sociedad, nuevo término interpuesto, por decirlo así, entre los dos extremos, ó más bien, esfera total y fundamental donde aquella oposición se armoniza, se ordena y pierde su carácter abstracto; pues que en ella ya no son el individuo y el Estado las únicas fuerzas sociales. Por tal modo, se ha convertido ese problema en el del fin y atribuciones de la institución política, no sólo por lo que hace al individuo, sino á los restantes órganos particulares de la vida humana, situados, con respecto á aquél, en relación de igualdad ó de subordinación, de abstención ó de intervención. Pues ahora aparece entre dichos órganos el Estado, como uno de tantos, aunque sin duda, hasta el día, el más desarrollado, perdiendo la función anormal que le asignaba, en la teoría como en la conducta, la antigua confusión entre él y la sociedad, si bien todavía desempeña en ésta la función más general y preeminente.

### El Estado.

Ahora bien; si la sociedad es el todo, y el Estado una de sus partes, el problema político, en el más amplio como en el más estricto sentido que pueda imaginarse, pertenece á la ciencia de la sociedad, como uno de sus más importantes capítulos. No, ciertamente, como pudiera parecer á muchos, porque el derecho sea tan sólo una simple relación social, ó en otros términos, exterior y concerniente á la conducta de unos hombres para con otros; sino porque, en el límite actual, sólo de estas relacio-

(1) Ya hoy han venido á concurrir á esta obra también otras corrientes: la hegeliana, la evolucionista, la monista, la neoidealista, etc. Pero todavía la dirección predominante es la del positivismo, entendiendo esta palabra en un amplio sentido, no en el de la filosofía puramente comtista (en sus diversas ramas), como generalmente se la entiende en Francia; v. gr., en el libro de Fouillée, *Le mouvement positiviste et la conception sociologique du monde*, París, 1896.



nes exteriores se trata: de un lado, á saber, el individuo; de otra, el Estado, donde notoriamente se sobreentiende el Estado *social*, como una fuerza é institución común y pública, no como aquel orden interno que ya Platón consideraba en cada hombre.

La palabra *Estado*, en efecto, tiene varios sentidos, procedentes de la Historia. En general, estado, *status*, denota situación, posición, determinación, actualidad concreta de alguna cosa en forma permanente (ya se trate de un sér, ya de una cualidad); al contrario, pues, de mudanza, con cuya idea, sin embargo, se combina en la vida, la evolución, la historia, ya que ésta consiste tan sólo en una serie ó sucesión de estados que cambian, mediante los cuales va manifestando sus propiedades el sujeto histórico.

En la primera aplicación que hallamos de esta palabra al derecho dista mucho de perder su acepción primitiva. El *status* romano, con su triple referencia á la libertad, la ciudad y la familia, denotaba la condición jurídica del hombre, la situación en que se hallaba por respecto al orden que constituía el fin capital de la vida en aquel pueblo. Posteriormente, la frase *status reipublicae*, admitida en la terminología jurídica ulterior, señala la transición al sentido moderno de la palabra en su acepción más estricta. *Res pública* significa cosa pública, el procomún, la sociedad ó comunidad del pueblo, como el todo de los ciudadanos, la república, en el amplio y posterior sentido de esta voz (antes de indicar una forma especial de los poderes políticos); y *status rei publicae*, la situación de esa comunidad, de la *civitas*, mas no la situación pasajera de un particular momento, sino la organización permanente de sus intereses y asuntos: su conformación, su estructura; el orden civil, como si dijéramos. Por último, merced á la tendencia que en el espíritu humano advierten los filósofos, á economizar sus fuerzas en el lenguaje, como en todos los órdenes, procurando obtener el máximo de resultado con el mínimo de fatiga, *status* (sup. *rei pub.*) vino á equivaler á *civitas*, cuando ya era imposible aplicar esta voz al inmenso imperio, á pesar de toda ficción; representando desde entonces la comunidad ó sociedad de derecho, acepción que es en el fondo la que hoy día prevalece.

No es esto decir que, en virtud de la vaguedad que aún reina en la terminología política, no se emplee todavía la voz *Estado* para conceptos más ó menos afines, pero perfectamente distintos. Expresando la *civitas* antigua, la única especie de comunión positivamente organizada y reconocida, no podía menos de indicar la sociedad *general*, así como la locución *societas* se aplicó tan sólo (aun después de perdida su rigurosa acepción técnica, como contrato, y venida á denotar toda unión personal voluntaria) á las uniones *particulares* que en el seno de aquélla se engendran. Así se concibe que Estado y sociedad humana se hayan confundido frecuentemente en el lenguaje, como se identificaban en el pensamiento y en la vida de los pueblos antiguos (1). Por otra parte, como en el mundo moderno la aparición de las nacionalidades fué subordinado poco á poco á los demás círculos é instituciones cuyo desarrollo precediera al de aquéllas, el nombre Estado vino á expresar el Estado *nacional*; restricción nacida en el derecho de gentes, por ser las sociedades nacionales las únicas que constituían personalidades soberanas; de aquí pasó este sentido al derecho público interno, en el cual acontecía otro tanto, hallándose siempre más ó menos restringida la actividad é independencia de las varias esferas organizadas en el seno de

(1) *Ciudad* vino á significar sólo centro ó grupo de población de cierta importancia, á causa del régimen municipal de la Edad Media.



la nación. No han faltado, con todo, en la Historia variantes de este sentido; y la aplicación de la palabra á los *Estados generales*, en Francia y Holanda especialmente, daba á entender una concepción, según la cual se reputaban Estados las esferas sociales, cuya representación corporativa intervenía más ó menos en la gobernación de la república. Pero la acepción referida ha continuado siendo la dominante.

FRANCISCO GINER.

(Se continuará.)

## Sección del Exterior

### ¿CÓMO ANIQUILAR AL GOBIERNO?

Ahora, sobre todo, paréceme que importa mucho hacer el bien con tranquilidad y constancia. No sólo es preciso rechazar la autorización del gobierno, sino también toda participación suya. La fuerza del gobierno descansa sobre la ignorancia del pueblo; el gobierno lo sabe muy bien; por lo mismo, siempre será un adversario de la instrucción. Ya es tiempo que lo comprendamos así. No hay peor cosa que permitir al gobierno que se dé aires de proteger la instrucción, mientras propaga la ignorancia. Es, sin embargo, lo que hacen todas las instituciones que inspeccionen escuelas, colegios, universidades, academias, los diversos comités, los diferentes congresos. El bien, no es el bien; la instrucción, no es la instrucción más que siendo el bien y la ilustración completos, sin que estén conformes con las circulares ministeriales. Pero lo que más siento, es ver constantemente fuerzas tan preciosas, tan desinteresadas, tan abnegadas, malgastarse sin provecho. Algunas veces me río del espectáculo que ofrecen esos hombres que, siendo buenos é inteligentes, gastan su energía en luchar contra el gobierno en el terreno legal, creado y establecido por la propia arbitrariedad del poder.

Me parece que la cuestión se plantea de la siguiente manera:

Existen gentes—nosotros entre otros,—que saben que nuestro gobierno es detestable y que lo combaten. Desde la época de Nadichtcheff y los diciembristas hanse empleado dos medios de lucha. El uno ha sido preferido por Stenka Nasine, Pougatcheff, los diciembristas, los revolucionarios de los años de 1860-1870, del 1.º de Marzo de 1881, etc. El otro ha sido preconizado por los que quieren progresar lentamente, luchar sobre el terreno legal, y conquistar el derecho poco á poco, sin violencia. He visto en uso esos dos medios durante más de medio siglo, y la situación está cada vez peor. Cuando se efectúa una mejora parcial, no es debido á ninguno de esos dos medios. La fuerza, contra la cual encaminamos sus ataques, crece en vigor y en impudencia. Las últimas trazas de self-government, los yemstvos, los tribunales, los comités de instrucción y otros, desaparecen.

Ahora que hase recurrido á esos dos medios infructuosamente, es posible, al parecer, convencerse de que ni el uno ni el otro son eficaces, y discernir con claridad la causa de su impotencia. Para mí, al menos, que siempre he sentido repugnancia hacia nuestro gobierno, pero que nunca me he servido contra él ni del uno ni del otro de esos dos medios de lucha, están evidenciados los defectos de los dos procedimientos de acción.



El primero no vale nada y he aquí por qué. Aun logrando cambiar el estado de cosas, nada prueba que el nuevo régimen sea estable. Nada asegura que sus enemigos no triunfarán de él en condiciones favorables y merced á esa misma violencia. Eso se ha visto muchas veces en Francia, así como en todos los países donde se han verificado revoluciones. Por lo tanto, el nuevo orden de cosas engendrado por la fuerza, tendría que estar constantemente sostenido por esa misma fuerza, es decir, por la ilegalidad. Por consiguiente, ese orden de cosas se corrompería lo mismo que el que hubiese reemplazado. Todas las violencias revolucionarias, desde Pougatcheff hasta el 1.º de Marzo, no han servido más que para consolidar el orden que pretendían atacar. Tenían la propiedad de arrojar al campo de los conservadores y de los retrógradas la masa enorme de los indecisos que fluctuaban entre el uno y el otro de los dos partidos. Por eso, á mi parecer, no es temerario afirmar con la mayor convicción, basándose sobre la experiencia y sobre el razonamiento, que ese medio, á más de ser inmoral, adolece de lógica y es ineficaz.

Menos razonable aún y menos eficaz, á mi parecer, es el segundo medio. No es razonable ni eficaz porque el gobierno detiene todos los poderes (el ejército, la administración, la iglesia, las escuelas, la policía). El mismo fragua lo que se ha dado en llamar las leyes, en cuyo recinto, los liberales pretenden combatirlo. El gobierno sabe muy bien dónde está el peligro. Nunca dejará á los que se someten á él y que obran bajo su dirección, que intenten la más mínima cosa que pueda socavar su poder. En el presente caso, por ejemplo, el gobierno que, entre nosotros como en todas partes, se apoya sobre la ignorancia del pueblo, no permitirá nunca que se propague la verdadera instrucción. Autoriza toda clase de instituciones colocadas bajo su inspección y que se dice ser destinadas á ilustrar al pueblo: las escuelas, los colegios, las universidades, las academias, los diferentes comités, diversos congresos, las publicaciones sometidas á la censura. Pero no lo hace sino en tanto que esas instituciones y esas publicaciones sirven sus fines, lo que significa que embrutecen al pueblo, ó que, cuando menos, no impiden que siga embruteciéndose. Que las instituciones y las publicaciones hagan la menor tentativa que tienda á sacudir la ignorancia del pueblo, y el gobierno, sin dar cuenta á nadie de las razones de su conducta, opondrá tranquilamente su «veto», transformará ó suprimirá las instituciones y prohibirá los periódicos. La experiencia y el razonamiento nos demuestran, pues, con perfecta claridad, que la conquista legal y gradual de los derechos, no es más que una ilusión; esta ilusión es rica en ventajas para el gobierno, y, por consiguiente, la favorece, la alienta y la estimula.

Pero una orientación en ese sentido no tan sólo está faltada de lógica y de eficacia, sino que es perjudicial. Lo es, en primer lugar, porque hombres esclarecidos, buenos y honrados, entran en las filas del gobierno y le dan una autoridad moral que sin ellos no tendría. Si todo el organismo gubernamental se formase de esas gentes groseras, violentas, estúpidas y cobardes que constituyen la mayoría de los organismos gubernamentales, el gobierno no podría subsistir. Sólo la participación de los hombres esclarecidos y honrados le da su prestigio. Tal es uno de los lados fastidiosos de la actividad de los liberales que forman parte del gobierno ó que contraen compromisos con él. Esta conducta es aún nociva bajo otro aspecto. Para lograr poner de manifiesto su actividad, esos hombres esclarecidos y honrados se permiten hacer concesiones. Poco á poco llegan á opinar que si el fin es bueno, lo es también falsear las palabras y las acciones; practicar una religión, á pesar de burlarse de todas ellas; pres-



tar juramento, firmar solicitudes hipócritas y contrarias á la dignidad humana, en tanto que esto favorezca sus planes; se puede ingresar en el ejército, formar parte del yemstvo, que no goza de ningún derecho, ser profesor y enseñar, no lo que á nuestro parecer es debido, sino lo que está indicado por el gobierno; es prudente ocupar hasta el cargo de yemski natchalnik (1) y entonces someterse á las exigencias y á los mandatos gubernamentales que violentan nuestra conciencia; es posible publicar periódicos y Revistas que se callan lo que deberían decir y que no publican más que lo que la autoridad ordena. Al ligarse con esos compromisos, los hombres esclarecidos y honrados, los únicos que hubieran podido impedir que el gobierno violara la libertad, permanecen cada vez más sordos á las exigencias de su conciencia. Caen, sin notarlo, bajo la total dependencia del poder; perciben haberes, reciben recompensas, y al seguir creyendo que difunden las ideas liberales, llegan á ser los servidores obedientes, los sostenedores de ese mismo régimen que anhelaban combatir.

Verdad es que en ese campo se encuentran hombres mejores y sinceros, que no se dejan seducir por el gobierno ni contagiarse por la corrupción, y que permanecen insensibles ante los halagos del tratamiento y de la posición brindada. Las más de las veces, esos hombres caen en el lazo que les tiende el gobierno. Una vez cogidos, se defienden y patean. Algunos se pasan al campo de los revolucionarios á impulsos de la ira que embarga sus corazones; otros recurren al suicidio ó se acostumbran á la bebida, y los más, desesperados, lo abandonan todo. Con mayor frecuencia, buscan un refugio en la prensa. Se someten á las reglas de la censura y expresan lo que únicamente les es permitido. Siguen creyendo que sirven á la sociedad con sus escritos, escritos que les proporcionan medios de subsistencia. Muy al contrario, al guardar silencio sobre las cosas más importantes, extienden entre el público los pensamientos más falsos y los más favorables para el gobierno.

Lo mismo el razonamiento que la experiencia, me demuestran que los dos procedimientos que hasta el presente se han empleado, y que aún se emplean, para combatir al gobierno, no tan sólo son ineficaces, sino que contribuyen á fomentar el poder y á desarrollar el arbitrario gubernamental.

¿Qué hacer, pues? Lo que han hecho los hombres á quienes se debe todo el progreso y la libertad.

Ha de ejecutarse lo que se cree bueno, sin preocuparse del gobierno; sin mirar lo que le pueda gustar ó disgustar. En otros términos: es preciso defender los derechos del pueblo, no como miembro del consejo de propaganda de la instrucción, como propietario rural ó como comerciante, sino en nuestra calidad de hombres libres. Es preciso defender los derechos populares, no mediante arreglos tácitos y ruines concesiones, sino protestando de ellos y llevando en los labios la verdad y la fuerza en el corazón. Es el único medio de defender la dignidad moral, la dignidad humana.

Los derechos de cualquier miembro de un Parlamento son aparentemente superiores á los de un simple particular; puede sacarse partido de ellos. El mal está en que, para obtener el poder conferido á la clase de miembro de un Parlamento ó de un comité, es preciso abdicar una parte de los derechos que poseemos como hombres. Una vez que se ha renunciado á una parte de los derechos que se gozan á título de ser racional, piérdese todo punto de apoyo. Llega á ser imposible conquistar ó con-

(1) Empleo creado por Alejandro III con la mira de aminorar los poderes de los yemstvos (órgano del self-government). Los *yemski natchalniki* reúnen los poderes administrativos y judiciales y no existen más que en las poblaciones rurales.



servar ninguno de nuestros verdaderos derechos. Para sacar á alguien del fango, es preciso quedarse en tierra firme; y, si para mayor comodidad, entra uno mismo en el charco, quédase allí á su vez, sin que logre sacar á nadie. Será muy cómodo obtener de un Parlamento la jornada de ocho horas; hacer adoptar por un comité un programa liberal, tocante á las bibliotecas escolares. Pero si para alcanzar ese fin debemos ser públicamente perjuros, prestando juramento y manifestando nuestro aprecio á cosas que nos son antipáticas; si, para poder aplicar nuestros programas liberales, nos hemos comprometido á celebrar oficios divinos, á prestar juramento, á ponernos uniforme, á formular escritos y discursos llenos de embustes y de adulaciones, etc., perdemos mucho más, renunciando de ese modo á nuestra dignidad de hombre, que no ganamos obteniendo el fin que se propone, fin que muchas veces no se obtiene. Nos vedamos, además, la posibilidad de alcanzar otros fines, los más importantes de todos. Sólo los hombres que reúnen condiciones de las que no pueden desligarse de ningún modo, pueden tener al gobierno en jaque. Para tener fuerza de resistencia es indispensable conservar un punto de apoyo. El poder lo sabe muy bien. Esa es la razón que le estimula á emplear todas sus mañas en hacer desaparecer del hombre lo más esencial; es decir, la dignidad humana. El gobierno hace todo lo que se le antoja, con tranquilidad. Sabe que no encontrará ninguna resistencia verdadera. El que ha consentido á prestar juramento públicamente, profiriendo palabras indignas, inexactas; el que, durante horas, ha esperado en una antesala que el ministro se dignara recibirlo; el que ha permitido que se le inscribiera en la guarda de la coronación; el que se ha rebajado á confesarse ó á comulgar por razones de conveniencia; el que no ha vacilado en preguntar anticipadamente á los jefes de la censura si podía expresar tales ó cuales opiniones, semejante hombre no es ya peligroso para el gobierno. Alejandro II decía que no temía á los liberales, porque sabía que se les podía comprar á todos, si no con dinero, al menos con honores.

Los que forman parte del Gobierno ó trabajan bajo su dirección, pueden opinar que luchan; ellos mismos se engañan y con ellos sus correligionarios. Pero los adversarios conocen muy bien, debido á la poca resistencia que oponen, que el obstáculo no es más que aparente. Por lo que á los liberales toca, nuestro gobierno no lo ignora. Entrégase á continuas experiencias para averiguar si existe una verdadera resistencia, y habiendo comprobado que no existe, se atreve á todo.

El gobierno de Alejandro III estaba tan convencido de esta verdad, que suprimió tranquilamente todo lo que constituía el orgullo de los liberales, lo que éstos atribuían á sus esfuerzos. Abolió la justicia de paz y las prerrogativas de las Universidades; modificó todo el sistema de la enseñanza en los Institutos; creó nuevamente los «Cuerpos de cadetes»; volvió á establecer la venta del alcohol por el gobierno; creó los *Yemski natahnik*; legitimó las penas corporales; suprimió los *Yemtros*; concedió un poder sin inspección á los gobernadores; facilitó las ejecuciones; protegió la deportación, como medida administrativa, y las condenas á la pena de muerte de los criminales políticos; suscitó nuevas persecuciones religiosas; embruteció al pueblo hasta el último grado por la superstición; legitimó los asesinatos verificados en duelo; instauró la ilegalidad, bajo la forma de un estado de sitio permanente, haciendo una cosa normal de la pena de muerte. No encontró ninguna resistencia durante la ejecución de esas medidas, no siendo la protesta de una mujer, digna de la mayor estimación, que dijo valerosamente al gobierno lo que creía ser la verdad. Tocante á los liberales, semejante estado de cosas les disgustaba,



mas no dejaban por eso de formar parte de los Tribunales, de los Yemtvos, de las Universidades, de desempeñar funciones oficiales, de escribir en la prensa. En las publicaciones hacían alusión á lo que se les permitía sacar á relucir. Permanecían mudos acerca de las cuestiones que les prohibían tratar. Como el lector no estaba en el secreto, y no entendía eso de las murmuraciones discretas, ignorante de lo que se hacía en las Redacciones, hallaba en los periódicos y en las Revistas de los liberales la exposición, sin comentarios ni críticas, de las más crueles é insensatas medidas; encontraba allí las más degradantes adulaciones, dirigidas á los autores de esas medidas; algunas veces tropezaba hasta con elogios.

Es de esa manera como se ha aumentado la miserable obra de Alejandro III: el aniquilamiento de todas las buenas disposiciones introducidas por Alejandro II; los intentos para volver á Rusia á las bárbaras épocas de principios de este siglo, esa obra lamentable, señalada por las horcas, las penas corporales, las persecuciones y el embrutecimiento del pueblo, llegó á ser objeto de insensatos elogios, dirigidos á Alejandro III por todas las publicaciones liberales. Hacían de él un gran hombre, un ídolo de dignidad humana.

Los mismos procedimientos gubernamentales y la propia actitud de los liberales se eternizan bajo el actual reinado.

Opino que la cosa sucedería de modo muy distinto si esos hombres, honrados y esclarecidos, que actualmente pretenden obrar como liberales en los diversos comités, en la literatura sujeta á la censura, no malgastasen su energía engañando al gobierno dentro de instituciones por él mismo creadas; si no tratasen de obligarle á obrar en su detrimento y causar su propia perdición (1). El resultado sería diferente si se limitasen á defender sus derechos personales, sus derechos de hombre, sin tomar nunca participación en el gobierno ni en las acciones que emanan de él.

¿Qué puede oponer el gobierno á una acción semejante? Puédese deportar, encarcelar á alguien porque fabrique una bomba, y aun porque imprima un Manifiesto dirigido á los obreros. Puédese transferir el comité de instrucción de un ministerio á otro. Puédese cerrar un Parlamento. Pero, ¿qué puede hacer el gobierno á un hombre que no quiere mentir públicamente levantando su brazo, que se niega á enviar sus hijos á una escuela que juzga mala, que no quiere aprender á matar al prójimo, que no quiere hacerse cómplice de una idolatría, ni de ninguna coronación, que no acepta invitaciones de recepción, que dice, que escribe lo que piensa, lo que siente? Al perseguirlo, el gobierno hace de él un mártir que provoca la general simpatía. Sacude las mismísimas bases de su poder, porque obrando así, viola los derechos del hombre á los ojos del más ignorante.

Que todos los hombres honrados que actualmente emplean sus fuerzas en el campo de la acción revolucionaria empiecen á pensar y á obrar del modo que indico y, esto se acaba (2). Formariase, de ese modo, un núcleo de hombres honrados, morales, ilustrados, unidos por el mismo ideal, por el mismo sentimiento. La masa, siempre vacilante, de las gentes medianas no tardaría en sumarse con ellos. De esa manera se constituiría la sola fuerza capaz de domar los gobiernos; una opinión pública que exigiera la libertad de la palabra, la libertad de conciencia, el derecho al goce; la justicia.

(1) Me río algunas veces cuando pienso que se puede intentar una empresa tan imposible, y creer que se tiene la facultad de amputar un miembro á un sér animado sin que lo note

(2) Contra el parecer del autor, nos parece revolucionaria su proposición.—(N. de la R.)



Por lo tanto, dos medios se han puesto en práctica en la lucha contra el gobierno: sin resultado. Queda para ensayar un tercero. Ese medio, lacónicamente expuesto, es el siguiente: Es preciso que los hombres se esfuercen en ser mejores, no bajo todos los aspectos, sino tan sólo bajo uno. Basta que esos hombres observen una virtud elemental, ser sinceros, no mentir. Les basta con hablar y obrar de modo que un niño de siete años pueda comprender los motivos de las acciones de cada uno. Les basta conducirse de una manera que el niño no pueda decir: «Papá, ¿por qué otra vez has dicho tal cosa, y por qué, ahora, dices lo contrario y obras distintamente?» Este medio parece muy débil, y, sin embargo, estoy convencido de que es el único que ha hecho progresar á la Humanidad desde que existe. Es sólo porque ha habido hombres de esa especie, rectos, sinceros, valerosos, que no han cedido á nadie nada de lo que amengua su dignidad, por lo que se han visto realizados los cambios bienhechores que actualmente disfrutamos, y que alcanzan desde la abolición de la esclavitud y del tormento, hasta la libertad de la palabra y la libertad de conciencia. Y no puede ser de otro modo. Satisfacer, en efecto, las exigencias de su conciencia, tal es, siempre y bajo todos los aspectos, la más provechosa conducta que la Humanidad debe seguir.

LEON TOLSTOÏ.



## LA CONQUISTA DEL PAN

Merced á un arreglo que la Administración de esta Revista ha realizado con la de *Revista Nueva*, el libro cuyo nombre encabeza estas líneas ha pasado á nuestra disposición.

Dueños de *La conquista del pan*, hemos resuelto expender la obra de sociología más trascendental de nuestros tiempos á dos pesetas, si se adquiere directamente en esta Administración, y á 2,50, que es el precio que lleva marcado, cuando se compre por medio de nuestros corresponsales.

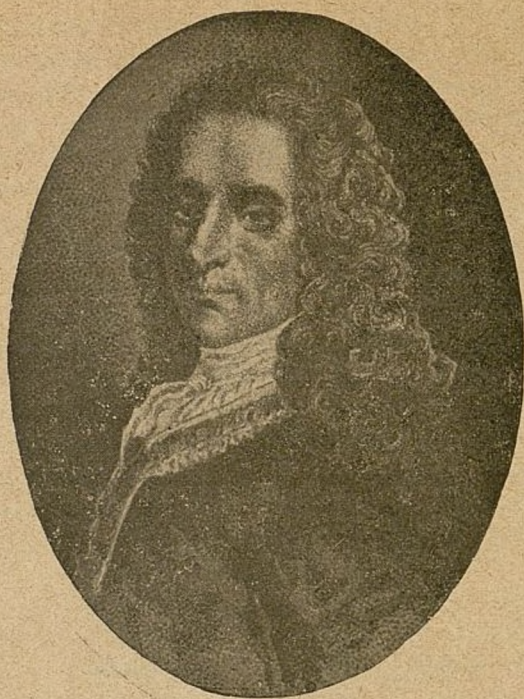
El libro consta de 300 páginas, y la edición que de él ha hecho *Revista Nueva* es la más barata que se ha editado en el mundo y la mejor que se ha impreso en castellano.

El franqueo en España corre á cargo nuestro, pero no el certificado del libro. No respondemos de los ejemplares que se extravíen en Correos si los libros no se certifican; por 25 céntimos pueden certificarse hasta 13.

Suplicamos que al pedido se acompañe el importe.







*Voltaire.*

Francisco María Arouet, célebre bajo el nombre de Voltaire, nació en Chantenay el 20 de Febrero de 1694, de una familia perteneciente á la magistratura. Se educó en el colegio de jesuitas, en el que uno de sus regentes, el padre Lejay, le predijo, según se asegura, que llegaría á ser en Francia el corifeo del deísmo.

Apenas salió del colegio, Arouet, cuyo talento se despertaba con toda la fuerza y espontaneidad de la juventud, se encontró por una parte con su padre, que era inflexible despreciador, y por otra parte con su padrino, el abate de Chateauneuf, que era un pervertidor complaciente. El padre condenaba toda clase de estudios literarios, sin saber por qué; pero con invencible obstinación. El padrino, por el contrario, alentaba los ensayos de Arouet, y era muy aficionado á los versos, sobre todo, á los que tenían sabor licencioso é impío. El primero quería encarcelar al poeta en un estudio de procurador, y el segundo paseaba al joven por todos los salones. M. Arouet prohibió toda clase de lecturas á sus hijos; pero Ninon de Lenclos legó su biblioteca al discípulo de su amigo Chateauneuf.

De este modo, el genio de Voltaire sufrió desde su nacimiento la desgracia de dos acciones contrarias é igualmente funestas. Una, que tendía á ahogar violentamente el fuego sagrado, que no es posible apagar, y otra que lo alimentaba inconsiderablemente, á despecho de todo lo que existe de noble y respetable en el orden intelectual y en el orden social. Tal vez esos dos impulsos contrarios, impresos á un mismo tiempo al empezar á volar su imaginación poderosa, viciaron para siempre su dirección. Cuando



menos, á ello se deben atribuir los primeros desvíos del talento de Voltaire, atormentado á un tiempo por el freno y por la espuela.

Desde el principio de su carrera se le atribuyeron unos versos muy medianos y muy impertinentes, que le valieron ser encerrado en la Bastilla, castigo que fué también demasiado riguroso. Durante aquel ocio, que le hicieron tener á la fuerza, Voltaire, que tenía entonces veintidós años, bosquejó el desconocido poema de la *Liga*, ó sea la *Henriada*, y terminaba su notable drama *Edipo*. Después que pasó algunos meses en la Bastilla, le pusieron en libertad y le pensionó el regente de Orleans, al que dió las gracias por haberse ocupado de su manutención, rogándole que no se ocupara de su alojamiento.

El *Edipo* se representó con éxito en 1718. Lamotte, el oráculo de aquella época, se dignó consagrar este triunfo, pronunciando algunas palabras sacramentales, y desde entonces empezó á extenderse la nombradía de Voltaire. Quizás en la actualidad sólo es célebre Lamotte por haberle nombrado Voltaire en alguno de sus escritos.

Representó la tragedia *Artemisa*, después de *Edipo*; pero fracasó en el teatro. Voltaire hizo un viaje á Bruselas para conocer á Juan Jacobo Rousseau, que había ya adquirido gran reputación. Los dos poetas, que se apreciaban antes de conocerse, se separaron siendo enemigos. Dícese que tenían recíprocamente envidia el uno del otro. La envidia no es signo de superioridad.

Refundió la tragedia *Artemisa*, que volvió á representarse en 1724 con el título de *Mariana*, y entonces consiguió gran éxito, sin que por eso la obra fuese mejor.

Por esa misma época apareció la *Liga*, ó sea la *Henriada*; pero con esta publicación no consiguió la Francia tener un poema épico. En el poema, Voltaire sustituyó á Mornay por Sully, porque tenía motivos de resentimiento con el descendiente de este gran ministro.

Esta vergüenza tan poco filosófica es excusable, porque Voltaire fué insultado cobardemente, delante del palacio de Sully, por yo no sé qué caballero de Rohan; acudió á la autoridad judicial, y ésta no le quiso hacer justicia, fundándose en que no tenía leyes para apoyar su defensa.

Justamente indignado por el silencio de las leyes respecto á su despreciable agresor, Voltaire, que ya era célebre entonces, se fué á Inglaterra, donde estudió á los sofistas. No perdió allí el tiempo, sin embargo, porque escribió dos tragedias, tituladas *Bruto* y *César*, de las que Corneille hubiera apadrinado muchas escenas. En cuanto regresó á Francia, representó sucesivamente las tragedias siguientes: *Eryfile*, que murió al nacer, y *Zaira*, obra magistral, concebida y terminada en dieciocho días, á la que sólo falta el calor local y la severidad del estilo.

*Zaira* obtuvo un éxito prodigioso y merecido. La tragedia *Adelaida Ducleskin* (que después bautizó con el nombre de *Duque de Foix*), siguió á *Zaira*; pero no consiguió tan gran éxito. Algunas publicaciones menos importantes, como el *Templo del gusto* y las *Cartas sobre los ingleses*, etc., ocuparon durante algunos años la vida de Voltaire.

Entre tanto, su nombre resonaba por toda Europa. Retirado á Cirey, en casa de la marquesa del Chalet, mujer que, según él mismo confiesa, era apta para todas las ciencias, exceptuando para la ciencia de la vida, agostaba su preciosa imaginación en el álgebra y en la geometría, escribiendo al mismo tiempo la tragedia *Aleire y Mahoma*, la *Historia de Carlos XII*, amontonaba los materiales para escribir el *Siglo de Luis XIV*, preparaba el *Ensayo sobre las costumbres de las naciones* y enviaba madrigales á Federico, príncipe heredero de Prusia. La tragedia *Mélope*, que también escribió en



Cirey, puso el sello á la reputación dramática de Voltaire, que creyó ya entonces poder presentarse candidato para reemplazar al cardenal de Fleury en la Academia francesa; pero no fué admitido.

Hasta entonces no se le consideraba más que como hombre de genio. Poco tiempo después empezó á halagar á madame de Pompadour, conduciéndose con ella con tan obstinada complacencia, que logró conseguir, al mismo tiempo que un sillón en la Academia, el cargo de gentilhombre de cámara y el nombramiento de historiador de Francia. Pero este favor que acababa de obtener le duró poco tiempo. Voltaire volvió á salir otra vez de Francia, y se fué á Luneville, al palacio de Estanislao, rey de Polonia y duque de Lorena; luego pasó á Seeaux, á casa de madame de Maine, en cuya casa escribió las tragedias de *Semiramis*, *Orestes* y *Roma salvada*, y por fin fué á Berlín, al palacio de Federico, que entonces había ya ascendido al trono de Prusia. Pasó muchos años en este último retiro, habiendo obtenido el título de chambelán, la cruz de Mérito de Prusia y una pensión. Era admitido en las cenas reales lo mismo que Mampertuis, Argens y Lametrio, el ateo de un rey que, como dice el mismo Voltaire, vivía sin corte, sin Consejo y sin culto. Aunque era amigo del rey de Prusia, no se profesaban ambos la amistad sublime de Aristóteles y de Alejandro, ó de Terencio y de Escipión. Algunos años de roce bastaron para gastar lo que tenían de común el alma del despota filósofo y el alma del sofista poeta. Voltaire quería huir de Berlín, y Federico lo expulsó.

Despedido de Prusia y rechazado de Francia, Voltaire pasó dos años en Alemania, donde publicó sus *Anales del imperio*, recopilados con complacencia por la duquesa de Sajonia, Gotha, y después se instaló cerca de los puertos de Ginebra, con su sobrina la señora Denis.

*El huérfano de la China*, tragedia en que descuella su talento, fué el primer fruto que produjo en su nuevo retiro, en el que hubiera podido seguir tranquilamente si avaros libreros no hubieran publicado su vergonzosa *Doncella de Orleans*. En esta época y en las diversas residencias de las *Delicias*, de *Turnay* y de *Ferney*, escribió el poema sobre el *Terremoto de Lisboa*, la tragedia *Tancredo*, algunos cuentos y varios opúsculos. Entonces salió á la defensa, ostentando gran generosidad, de Calas, Sirven, La Barre, Montvailli y la Hailli, víctimas deplorables de procedimientos judiciales. Por entonces se disgustó con Juan Jacobo; trabó amistad con Catalina de Rusia, para la que escribió la historia de su abuelo, Pedro I, y se reconcilió con Federico. En esa época empezó á prosperar con la *Enciclopedia*, monstruoso monumento, del que es compañero el *Monitor* de la revolución.

Agobiado por los años, Voltaire deseó regresar á París, y volvió á esta Babilonia, que simpatizaba con su genio, saludado por universales aclamaciones; el desgraciado anciano pudo ver antes de morir lo adelantada que estaba la realización de su obra. Pudo gozar ó espantarse de su reputación. No le quedaba ya bastante poder vital para soportar las gloriosas emociones que le proporcionó su viaje á Francia, y espiró en París el 30 de Mayo de 1778.

V. H.







# CIENCIA Y ARTE

## FISIOLOGÍA

El corazón y el pulmón están ligados por una solidaridad muy estrecha, y es raro que uno de estos órganos experimente una perturbación en sus funciones, sin que el otro sufra inmediatamente la consecuencia.

Así, uno de los primeros efectos del ejercicio es activar la frecuencia de los latidos del corazón, y, por consiguiente, acelerar el curso de la sangre.

Esta aceleración durante el ejercicio es un hecho que resulta de dos causas, una de las cuales obra sobre la gran circulación, ó circulación general, y la otra, sobre la pequeña, ó circulación pulmonar.

La circulación periférica se acelera, como hemos probado, á causa del eflujo más considerable de sangre que se efectúa hacia los músculos que trabajan. Una especie de drenaje lleva á la fibra muscular una corriente sanguínea más impetuosa, y toda la masa líquida acaba por participar de esta impulsión más viva; el pulso se acelera y el suministro de las arterias aumenta. Cada porción del sistema vascular es atravesada de este modo por una cantidad de mayor sangre.

El pulmón, lo mismo que los demás órganos, es, pues, asiento de una circulación más activa, por el hecho mismo de la aceleración del pulso.

Además, interviene otra causa para hacer afluir el líquido sanguíneo á los capilares pulmonares; ésta es la mayor urgencia que siente el organismo de oxigenar la sangre en que ha aumentado el ácido carbónico bajo el influjo del trabajo. En virtud de una acción refleja, cuya ley que la determinada más arriba, la sangre muy cargada de ácido carbónico se arroja con más energía hacia el órgano que ha de quitarle ese gas.

De estas dos causas reunidas, resulta un aflujo extraordinario de sangre, una *congestión activa* del pulmón. He aquí sus consecuencias.

El lugar ocupado por la sangre que llena los vasos capilares, está perdido para el aire que trata de entrar en los alvéolos. El campo respiratorio se encuentra, pues, restringido. El pulmón hace entonces un esfuerzo de expansión, en virtud del cual, ciertas células, ordinariamente inactivas y que permanecían reducidas y encerradas en sí mismas, se llenan de aire y vienen á suplir la insuficiencia del campo habitual de la hematosi, con ayuda de una respiración suplementaria, que se hace, sobre todo, por los vértices. De este modo se restablece el equilibrio durante cierto tiempo, entre la cantidad de sangre que atraviesa el pulmón y el volumen de aire que penetra en él: la respiración se hace más amplia y más profunda; es más activa, pero no insuficiente. La sofocación no se produce todavía.



Bien pronto interviene un factor importante de trastorno respiratorio: este factor es la disminución de la presión de la sangre en los vasos arteriales. El corazón, no obstante la sucesión más rápida de sus latidos, no da á la sangre su impulso tan enérgico como en estado normal, y la tensión vascular disminuye (1). Es un hecho comprobado é irrecusable; el corazón se contrae con menos fuerza durante el trabajo muscular que en el estado de reposo. En cambio, sus latidos pueden ser más de dobles en frecuencia, de tal modo que la velocidad de sus movimientos compense su poca energía y que su trabajo resulte aumentado, á pesar de la disminución de presión.

La sangre, empujada menos vigorosamente por el émbolo cardiaco, circula con más dificultad á través de los conductos capilares del pulmón; su curso se paraliza, hay una especie de *estancamiento* del líquido sanguíneo, y los vasos pulmonares de pequeño calibre se ensanchan. La *congestión pasiva* del pulmón se establece. Este, lleno de sangre, no ofrece al aire inspirado más que un espacio muy restringido, y opone, en cambio, un obstáculo serio al paso de la onda sanguínea. La sangre venenosa no puede llegar hasta las células para desprenderse de su ácido carbónico y refluye hacia el corazón.

La congestión pasiva del pulmón es uno de los factores más terribles en la angustia respiratoria durante el ejercicio. Así, pues, todas las causas que disminuyen la fuerza de la presión sanguínea en los capilares, favorecen la congestión pulmonar; así se observa una tendencia muy marcada á la sofocación en las personas en que las funciones del corazón están entorpecidas por una afección de los orificios ó debilitadas por una disminución de la energía del miocardio; en todos los casos, en una palabra, donde hay tendencia á debilitar las contracciones cardiacas.

La sofocación se produce más rápidamente en las personas muy débiles cuyo sistema muscular ha perdido todo vigor; por ejemplo, en los convalecientes que acaban de atravesar una larga enfermedad. Siendo el corazón un músculo, participa de la otomía general, y sus contracciones se debilitan al menor esfuerzo. Así, tan pronto como el corazón flaquea, el pulmón se congestiona y se produce la sofocación.

Tal es el papel del corazón al producirse la sofocación. A pesar de la importancia de las perturbaciones circulatorias en el ejercicio, no son, de ningún modo, la causa primordial de la disnea. Intervienen para agravar mecánicamente la angustia respiratoria, haciendo más difícil las funciones del pulmón; pero pueden producirse sin que la sofocación aparezca.

Una serie de observaciones personales nos permiten afirmar que, después del ejercicio, la disnea se disipa muy pronto, mientras que las perturbaciones circulatorias persisten durante un tiempo relativamente largo. Las cifras que vamos á citar prueban que estos dos fenómenos no son solidarios uno de otro.

A mediados de Julio último, haciendo la ascensión del monte Canigú, hemos podido cerciorarnos, observándolo en nosotros y en dos guías, que el corazón, después de un ejercicio violento, queda alterado por mucho más tiempo que el pulmón.

Hemos anotado comparativamente el número de las respiraciones y el de las pulsaciones en tres momentos distintos de la ascensión: 1.º En reposo completo; 2.º Durante la ascensión de las últimas pendientes, que están casi á pico; y 3.º Después de haber llegado á la cumbre y haber respirado cinco minutos.

---

(1) Marey, *La circulation du sang*.



He aquí el término medio de los resultados:

En reposo completo.....	Pulsaciones. 62	Respiraciones. 14
Durante la subida más rápida... ..	» 123	» 30
Cinco minutos después de llegar á la cumbre..	» 117	» 14

Así, las perturbaciones del corazón durante el trabajo no son la causa primera de la sofocación, puesto que en estas observaciones, tomadas en personas bien constituidas, en el momento en que el corazón tenía todavía casi el doble de sus latidos normales, el pulmón había adquirido su ritmo normal y toda la angustia respiratoria había cesado.

Si lleváramos hasta el fin el examen de las perturbaciones producidas por el trabajo muscular exagerado en la circulación de la sangre, encontraríamos una última y muy grave causa de la disnea por disminución de la acción del corazón; el influjo de la sangre cargada de ácido carbónico sobre el mismo músculo cardíaco.

Sabemos que este ácido ejerce sobre la fibra muscular una acción debilitante: si se inyecta de ácido carbónico un músculo, se le paraliza. Si la sangre que baña las cavidades del corazón está alterada en su composición química, hasta el punto de encerrar una cantidad excesiva de dicho ácido, ejerce sobre las paredes contráctiles del órgano una acción capaz de hacerles perder su energía.

La inercia del miocardio vendrá á añadirse á las otras causas de lentitud en el movimiento sanguíneo y la paralización definitiva de la circulación no tardará en producirse (1).

Es, en efecto, esa paralización la que cierra la serie de los accidentes de asfixia, de la cual, la sofocación, llevada á sus últimos límites, no es más que una forma particular.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio).

## CRÓNICA CIENTÍFICA

La sensibilidad de las plantas. —Opiniones de Hœckel, de Saint-Léger y de Strindberg. —Regresión: paso del animal al vegetal; ejemplo de la ascidia. —Sistema nervioso y cerebralidad posible de algunos vegetales. —Experiencias de Claudio Bernard. —La opinión de Buffon.

Cada día son más numerosos los partidarios de la sensibilidad de las plantas. Me complazco en tratar este asunto con motivo de la reciente publicación de un libro en Londres en que un sabio botánico se propone demostrar que los vegetales, no sólo son sensibles, sino perfectamente conscientes.

Hasta ahora no opinaban así los más audaces innovadores, salvo raras excepciones, y el vizconde de Saint-Léger, á pesar de ser uno de los más brillantes expositores de la teoría de la sensibilidad de los vegetales, no ha osado declararse sobre este punto

(1) Nuestros lectores observarán la relación que existe entre las causas sociales que motivan las enfermedades del pulmón y del corazón, según los artículos del doctor Boudin, y los efectos físicos de estas mismas enfermedades, según el doctor Fernando Lagrange. —N. de la R.



sino para afirmar la inconsciencia de la planta. «En oposición á los que niegan la sensibilidad del vegetal, escribe M. de Saint-Léger, yo creo que el vegetal sufre, que es sensible; pero como no tiene nada que se parezca á nervios ni á cerebro, ignora que sufre y ni siquiera sabe que existe: es á la vez pasivo é inconsciente.»

Según este naturalista, el vegetal es un sér privado de toda función activa exterior, comparable á un animal despojado de inteligencia y de voluntad aunque no de sensibilidad. Fija en la tierra, la planta recibe el alimento, no lo toma; incapaz de sustraerse al sufrimiento y de defenderse, aguanta la influencia de todos los agentes y de todas las fuerzas que vienen á atacarla ó á destruirla; se halla imposibilitada de hacer ni lo más mínimo para su propia conservación.

La afirmación de M. de Saint-Léger respecto á que el vegetal no tiene nada que se parezca á nervios ó á cerebro, es combatida enérgicamente por los que creen en la cerebralidad de la planta. No osaré yo decir que tengan absolutamente razón; pero hay que reconocer al menos que las razones no les faltan.

«Es indudable, ha declarado Hœckel, que los animales y las plantas multicelulares proceden preferentemente de las protistas.» En estas palabras, ha tenido el valor de afirmar que ciertas plantas pueden proceder de animales. Del mismo que las conchas retrogradan hasta parar en la almeja, hecho demostrado por Hœckel y que constituye una vuelta al punto de vista morfológico, pero una ventaja para la almeja, así un insecto que se establezca sobre una planta, al cesar bruscamente en su vida accidentada, se transforma sin duda en pulgón y pierde sus antenas y sus alas ya inútiles; su boca se convierte en un órgano de succión correspondiente á la raíz de las plantas. Para comprender que esas deducciones no tienen nada de quimérico, basta fijar la atención en algunas de las maravillas que contiene la sala Darwin del Museo de Historia Natural de Londres.

Un sabio, tan atrevido como original, cuyo talento no es aún bastante conocido, M. Augusto de Strindberg, partiendo de la demostración de Hœckel, que le ha parecido irrefutable, no ha vacilado en formular *à posteriori*, que las plantas poseen centros nerviosos. Recordemos, además, que la piel de la gastera contiene un tejido nervioso rudimentario, que los zoofitos ó animales-plantas poseen células neuro-musculares y que en los equinodermos las células nerviosas están separadas.

M. Strindberg, cita como ejemplo la ascidia, de que tanto se ha abusado para fines diversos: principia por una vida nómada y está dotada de médula espinal; cansada de ese bagabundaje infructuoso, acaba por fijarse en el fondo del mar, donde espera su presa. Por este hecho pierde su médula espinal, pero no su sistema nervioso, y su piel se cambia en una especie de tejido, en celulosa, que se asemeja á la epidermis de las plantas. ¿No podría indicarnos esta ascidia la huella de la derivación de la planta ó la historia de su origen? Según Strindberg, la ascidia fué antes un vertebrado, que, cansado de la lucha, brotó una especie de raíz y se rodeó de la piel celulósica de los vegetales.

¿De dónde descenderán ciertas plantas que han conservado el modo de reproducción de los mamíferos hasta el punto de imitar los órganos masculinos y femeninos? Por otra parte, no hay quien se atreva á negar á las plantas las cinco funciones animales: nutrición, digestión, circulación, respiración y reproducción. La raíz es su estómago; los pelos de las raicillas segregan, no sólo ácido carbónico, ácido acético y ácido clorhídrico, sino también muchos otros ácidos orgánicos; salivan al exterior como las moscas y hasta ejecutan un trabajo de digestión. Recordemos, por último,



que se encuentra en ciertas plantas trepadoras una substancia llamada inosita contenida en el cerebro.

Es célebre la experiencia que hizo Claudio Bernard con la mimosa, á la que cloroformó y dió el tétanos. Sabido es que el cloroformo obra primero sobre la substancia gris del cerebro de un modo especial hasta que la conciencia se extingue; después sobre los nervios sensoriales, mientras que todo el aparato vegetativo continúa funcionando. Necesario es, pues, creer que la mimosa posee otras funciones distintas de las puramente vegetales.

¿Es esto decir que debemos admitir la cerebralidad de las plantas? No, porque la posibilidad de una cosa no entraña forzosamente la certidumbre; pero, al menos, debemos admitir que otros crean en ella. En cuanto á mí, me atengo aún á la opinión del ilustre Buffon: «Un vegetal, ha escrito el gran naturalista francés, no es más que un animal que duerme, y en general las funciones de todo sér organizado que no tenga movimiento ni sentidos podrían compararse á las de un animal obligado por la Naturaleza á dormir perpetuamente.»

El sueño implica la sensibilidad, pero también la inconsciencia.

Y es bueno que sea así; porque espanta la idea de esos pobres seres incapaces de defenderse, dándose cuenta de sus sufrimientos y á los cuales podríamos someter en el campo, en los huertos y jardines á terribles torturas. De hecho descendería el género humano al nivel de los Gallifet y de los Portas.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

# LEY DE HERENCIA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ESCRITO POR

FEDERICO URALES

ACTO TERCERO

PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN ÉL

*Ricardo, Federico, Rosendo, Agustina, Emilio, Juan, Benito y Elvira.*

*(Han pasado nueve meses desde el acto anterior. Las nueve y cuarto de la mañana.)*

**La misma decoración.**

ESCENA PRIMERA

RICARDO *(sentado)*.

**Ricardo.** ¡Qué tornadiza es la Humanidad! Antes no bastaba para el teatro; hoy me faltan clientes, empresarios y editores. ¿Por qué el mundo huye de mí y Elvira con él? Críticos mercenarios venidos de no sé dónde se atreven conmigo, y la prensa los ampara. Enemigos, siempre los he tenido. ¿Quién que valga no los tiene?..

ESCENA II

RICARDO, ROSENDO, AGUSTINA Y FEDERICO *(del foro)*.

**Federico.** Buenos días, don Ricardo.

**Ricardo.** ¿Qué se les ofrece?



- Agustina.** Desearíamos ver á Elvira.  
**Ricardo.** No está en casa.  
**Federico.** Aguardaremos. Entre tanto hablaré con Emilio.  
**Ricardo.** Tampoco está en casa.  
**Rosendo.** Bueno; pues ¡qué diantrel, echaremos un párrafo con usted.  
**Ricardo.** No gasto el tiempo inútilmente.  
**Agustina.** *(Aparte).* ¡Inculto!, ni se ha levantado.  
**Rosendo.** *(A Agustina).* No lo contrariemos.  
**Agustina.** Usted lo pase bien. *(Los tres por el foro.)*

## ESCENA III

RICARDO Y EMILIO *(de la segunda puerta izquierda; antes habrá intentado penetrar en la escena; pero se vuelve atrás al notar la presencia de la familia Agustina).*

- Emilio.** Necesito hablarte de una cosa muy importante.  
**Ricardo.** Habla, querido Emilio.  
**Emilio.** No habiendo de menester mis trabajos, podrías ahorrarte las molestias que te causo. Me tienes casi por favor desde que reveses de fortuna motivaron la ruina y el suicidio de mi padre. Te ayudaba en tus ocupaciones intelectuales; hoy no las tienes y no puedo pagarte con beneficios los que me dispensas.  
**Ricardo.** *(Que durante el relato de Emilio le habrán caído algunas lágrimas).* ¿Has concluido?  
**Emilio.** Sí.  
**Ricardo.** ¿Temes que no te pague?  
**Emilio.** No, que eres lo suficiente rico para esto y mucho más; pero yo vine á esta casa á trabajar y á aprender. Tú dirás si necesitas mi ayuda.  
**Ricardo.** Antes tenía mucho consumo de fuerza intelectual y necesitaba de la tuya para corresponder á la demanda; ahora tengo mucho gasto de fuerza moral y necesito de la tuya también. Ayer me hacías trabajos intelectuales; hoy me darás consuelos. ¿Te gusta la nueva ocupación que te doy?  
**Emilio.** Sí; pero ya comprenderás que no es propia de mi carácter ni labor de hombre.  
**Ricardo.** *(Levantándose).* O yo he sido muy mal maestro, ó tú discípulo desaplicado. ¿Desde cuándo es de hombres no tener sentimientos? ¿Alcanzas tú el valor de la amistad sincera? ¿No has sentido jamás la necesidad de un desahogo, de un consuelo, de un abrazo? Creo que sí; de lo contrario, por amigo no te tuviera. Pero si tu convicción es la de que nada tienes que hacer aquí; si consideras que en esta casa comprometes tu justa reputación literaria, tu porvenir, es preciso la medida que propones. La amistad no merece tanto sacrificio. Puedes marcharte, Emilio. *(Por el foro; pero por la derecha.)*

## ESCENA IV

EMILIO

- Emilio.** Las facultades intelectuales de Ricardo son, si cabe, mejores que antes; pero el hombre nada es ni nada vale si el mundo no cree en su saber, y el mundo desconfía ya del de Ricardo. Certísimo; aquí comprometo mi porvenir científico y literario; mas al lado de Ricardo lo he adquirido. ¿Debo abandonar esta casa en tan tristes circunstancias? No debo; lo que fuere sonará.

## ESCENA V

EMILIO Y ELVIRA *(de las habitaciones).*

- Elvira.** ¿Es verdad, Emilio, que se separa usted de nosotros?  
**Emilio.** ¿Quién ha enterado á usted?  
**Elvira.** Ricardo.  
**Emilio.** ¡Cómo! ¿Han hablado?  
**Elvira.** Estaba lloroso. Hoy tiene buen día.  
**Emilio.** ¿Continúa usted creyendo en su locura?



**Elvira.** ¿Y usted continúa aún sin creer en ella?

**Emilio.** Sí, señora, y con más firmeza que nunca.

**Elvira.** Pues ¿por qué quiere abandonarnos?

**Emilio.** Precisamente por esto. Si sospechara que corría usted peligro, á su lado viviría mientras vida tuviera, á pesar de no saber avenirme á esta inactividad á que me somete el estado excepcional de mi querido amigo.

**Elvira.** Observe usted, Emilio, el estado excepcional de su querido amigo.

**Emilio.** El estado de Ricardo es excepcional, efectivamente, no por él en sí, sino por la labor indigna de sus enemigos. Debido á la protección de no sé quién, Federico forma parte de la redacción de *El Orden*. Dicho diario es el que más se ha distinguido en esta campaña de difamación, y ciertas corporaciones, que se dicen fundadas para perseguir la inmoralidad, y que únicamente persiguen á las ideas progresivas. Unidos todos contra Ricardo, han hecho del estado del padre el argumento que anada al hijo.

**Elvira.** ¿Y aún se atreve á visitarnos esa familia?

**Emilio.** Lo hacen abusando de la prudencia de usted. Ricardo, que es el único que los trata como se merecen, no hace más que contribuir á su fama de loco.

**Elvira.** Y usted que es tan bueno, ¿me abandonará á merced de nuestros enemigos?

**Emilio.** Es usted muy inocente, Elvira. De continuar yo aquí peligran cosas de mucho más valor aún; peligra la honra de usted.

**Elvira.** ¡Cómo!

**Emilio.** Su honra, señora; su honra. Ayer mismo, en un corro de periodistas, se murmuró de usted y de este buen amigo.

**Elvira.** (Llora). No se marche usted; me creo débil para tanta desgracia. Lucharemos ambos contra los enemigos de esta casa. Además, separándose de nosotros, á nadie convencerá de mi honradez y yo en cambio perdería su compañía. Papá es ya viejo y sus ocupaciones profesionales le tienen siempre alejado de aquí.

**Emilio.** Me quedaré; pero con una condición.

**Elvira.** Aceptada.

**Emilio.** Ha de obedecerme siempre, en la seguridad de que será en bien de todos.

**Elvira.** Puede usted mandar.

**Emilio.** De momento conviene retire el trato á la familia de Federico.

**Elvira.** Lo procuraré á la primera ocasión.

**Emilio.** (Marchándose precipitadamente á su habitación). Ricardo viene hacia aquí. (Elvira se enjuga las lágrimas é intenta retirarse también; pero antes de lograrlo aparece Ricardo).

## ESCENA VI

ELVIRA y RICARDO (del jardín).

**Ricardo.** Espera, Elvira; ¿con quién hablabas? ¿Por qué lloras? ¿No respondes?

**Elvira.** Lloraba porque Don Emilio quería abandonarnos.

**Ricardo.** Déjalo; aquí lo sacrifica todo: su porvenir y hasta quizá su razón. ¡Desgraciados todos los que habitan esta casa! Día vendrá que la abandonarás tú también. ¿No respondes?

**Elvira.** Me siento mal; deseo retirarme.

**Ricardo.** Pero, ¿qué tienes? Siempre te sientes mal en mi presencia. Parece que te inspiro horror. ¿No te es grata mi compañía? Vete. ¿Quieres sea yo quien se vaya? Lo mismo da; pero que no te vea llorar. Deseo ser causa de placer; no de llanto. Comprendo que es terrible vivir al lado de un sér que no se ama, pero este martirio no te lo impongo yo; te lo impone la preocupación del mundo y la tuya. Abandóname: libre eres. Sólo el amor que impone el corazón es el amor que respeto y que yo quiero inspirar. Lo que impone las conveniencias sociales, no es amor, es hipocresía, y tú, si no me amas, eres una hipócrita viviendo conmigo. ¿Acaso te exijo yo nada? ¿Por qué lloras, pues?



**Elvira.** Porque te amo. (*Llora durante el siguiente relato.*)

**Ricardo.** ¿Porque me amas? Extraño amor el tuyo. El que huye del objeto amado, jamás halló poeta que lo cantara, ni sano corazón que lo sintiera; amor que hace llorar, no es por cierto amor humano. Este, cuando no es producto de una naturaleza enfermiza, hace amar á todo lo que ama el sér querido; y no hay placer comparable al que se siente cuando se besan los labios amados. No huye, busca; no llora, ríe, y si tú huyes y lloras, no amas, aborreces. Llama á las cosas por su nombre y nos entenderemos mejor. ¿Soy un obstáculo á tus deseos? Si así es, debilísimo lo tienes. Me sacrifico por cualquiera, ¿y no he de hacerlo por la madre de mis amados hijos? Ya ves qué grandemente concibo el amor; pero esa misma grandeza me impide amar á quien no es digna de ser amada. Se ha roto el lazo que nos unía; no el de la ley; el del cariño. Eres libre, no por mi propia voluntad, por tu propio derecho; pero déjame los hijos; ¡ah!, los hijos no me los toques, porque sería capaz de una monstruosidad. Vete, ama, goza; el mundo es tuyo. No tengas remordimientos; es la pasión que te llama, y las pasiones son santas.

**Elvira.** Pero, ¿qué estás diciendo, desgraciado?

**Ricardo.** Locuras, ¿verdad? Si somos locos hoy todos los que no somos necios. (*Cogiéndola del brazo.*) Escucha, escucha, que te voy á explicar más locuras aún. Inspira el amor muchas bellezas, digo, muchos extravíos, cuando se posee un corazón ardiente, cuando se posee un cuerpo dotado de todos los atributos naturales...

**Elvira.** (*Intentando desprenderse.*) ¡Déjame! ¡Déjame!

**Ricardo.** (*Dejándola y como avergonzado.*) Dispensa, Elvira; he hecho una acción indigna de mí. (*Elvira se retira á su cuarto llorosa y asustada.*) (*Al llegar Elvira á la puerta de su habitación.*) Elvira, Elvira.

**Elvira.** (*Desde la puerta.*) ¿Qué quieres?

**Ricardo.** Darte un beso quisiera. (*Elvira indecisa á la puerta.*) ¿Me lo permites? (*Acercándose á Elvira.*) ¡Déjame gozar las dulzuras del beso! ¡Hace tanto tiempo que no te he besado! (*Elvira, al estar Ricardo muy cerca de ella, da un grito y huye.*) (*Ricardo vuelve atrás con mucha agitación y se deja caer sobre el sofá. Después de un momento, y poniéndose las manos en el corazón, dirá lo siguiente:*) ¡Calla!... ¡Calla!... ¡Calla!... ¿No ves que no te dejan amar? Si no quiero, si no quiero. Cálmate, cálmate; así, así; tranquilo, muy tranquilo. (*Un momento como aletargado, y después lo que sigue sereno ya.*) He aquí al mundo; ama contra la ley de Dios y la de los hombres y no tiene valor para sufrir las murmuraciones de un público ignorante.

## ESCENA VII

RICARDO y EMILIO (*de su habitación*).

**Emilio.** Ya no me separo de ti, Ricardo; ¿te lo ha dicho Elvira?

**Ricardo.** No; pero me alegro; aún puedes serme útil.

**Emilio.** Mejor; así...

**Ricardo.** (*Como consigo mismo.*) Elvira no me ama.

**Emilio.** ¡Cómo!

**Ricardo.** Más aún; temo que me es infiel.

**Emilio.** Ricardo, ¿te has vuelto loco? ¿Dónde iremos á parar! ¡Cuidado, Ricardo; cuidado!

**Ricardo.** ¿Cuidado de qué? No puedo obligar á que se me ame; pero sí á que se me respete.

**Emilio.** ¿Quieres creerme?

**Ricardo.** Habla.

**Emilio.** Desecha estas ideas. Elvira es incapaz de faltarte.

**Ricardo.** El corazón humano es un misterio. ¿Sale sola Elvira?

**Emilio.** Nunca.

**Ricardo.** ¿Quién nos visita?

**Emilio.** Ahora casi nadie; únicamente la familia de doña Agustina. Pero, ¿á qué vienen tus preguntas?

**Ricardo.** (*Como consigo mismo.*) Elvira no tendría tan mal gusto.

**Emilio.** Pues á no ser yo.



**Ricardo.** De mí antes dudaría.

**Emilio.** ¿Por qué dudas, pues, de Elvira?

**Ricardo.** La pasión es más poderosa que toda ley y que toda conveniencia.

**Emilio.** Y yo, ¿no puedo amar?

**Ricardo.** Sí; pero entonces se presenta el caso psicológico de la nobleza humana. Tú, podrías sentir pasión por Elvira, porque la amistad, aun la más desinteresada, no tiene fuerza para vencer á las pasiones; mas tú, te comprendo perfectamente, antes romperías con el cariño que nos une y te separarías de mí. (*Pensativo y hablando como consigo mismo.*) ¡Y se quería marchar!

**Emilio.** No, Ricardo; no. Ahora me quedo; estoy convencido que tengo mucho que hacer en esta casa.

**Ricardo.** No obstante, si lo haces por mí...

**Emilio.** Si me echas...

**Ricardo.** (*Friamente.*) No te echo, Emilio; salud. (*Por el foro derecha.*)

#### ESCENA VIII

EMILIO

**Emilio.** Mal, muy mal se van poniendo las cosas. A los males del cerebro se han agregado los del corazón. ¡Pobre Ricardo! Dudar de Elvira sólo te faltaba Em piezo á dudar yo también. Es preciso vivir á su lado y vivir alerta. Aquí está el enemigo.

#### ESCENA IX

EMILIO, ELVIRA, AGUSTINA, BENITO, ROSENDO Y FEDERICO (*del foro*).

**Emilio.** Empecemos la lucha. (*El timbre y aparece Juan de las habitaciones.*) Avisa a la señorita.

**Benito.** ¿Es decir, que de no verme no hubieran subido? (*Aparte.*) A saberlo.

**Agustina.** Usted nos dispensará. Buenos días, Emilio. ¿Y la señora?... ¡Ah! (*Viendo entrar á Elvira de las habitaciones, á la que da un beso que no es devuelto.*)

**Rosendo.** Pues, sí; fuimos á la tertulia de la excelentísima condesa del Huerto. Estas relaciones las debemos á Federico. Los periodistas, cuando son distinguidos, tienen entrada en todas partes.

**Agustina.** Y las señoras que concurren á tales fiestas están muy bien educadas. (*A Elvira y con intención.*) Usted no asiste á ellas, ¿verdad?

**Elvira.** (*Seco y con intención también.*) Tengo bastante con mi Ricardo.

**Federico.** Nos habíamos olvidado de él. ¿Cómo está?

**Elvira.** Bien, gracias.

**Emilio.** ¿Y qué tal? Allí se habló y se bailó de lo lindo.

**Agustina.** De todo hubo; por cierto que hasta se habló de usted.

**Emilio.** Si solo se hubiese hablado de mí.

**Rosendo.** No había de ocupar toda una velada el nombre de D. Emilio Rubio; no está usted tan alto.

**Emilio.** Pero voy creciendo; mejor dicho, vamos creciendo.

**Agustina.** Allí se habla bien y con gracia; las conversaciones están tan llenas de chistes, que es una bendición oírlas.

**Rosendo.** ¡Y lo que ha crecido Federico en medio de la nobleza!

**Agustina.** Si hubiera visto Elvira qué vestidos llevaban las de Salazar. ¡Eran las reinas! (*Benito que como para hacer algo había estado hasta ahora leyendo un diario, se sienta sin decir nada á nadie; Agustina observando la acción de Benito.*) ¿Podemos sentarnos?

**Elvira.** Dispense usted, me había olvidado. (*Se sientan todos, menos Federico y Emilio.*)

**Agustina.** Por supuesto, que aquella boca ni el conde de la Torre es capaz de achicarla. También estaban madre é hija de Rondón. A la última la casamos con el hijo del banquero Aznar. Por cierto, que estos días, á la baja le ha ido muy mal. Pero hija, el colmo. El viejo barón de la Parra anda en tratos con la viuda de Ruiz y hay quien murmura que ja... ja... ja... El otro día vi cosas que me supieron á gloria. Asis-



timos al estreno del *Camino de la perdición*; por cierto que me recordó los éxitos del pobre Ricardo. ¡Qué gente, qué lujo y qué espectación! Y no gustó; el público es así. ¡Tan rico y guapo como es el autor! Nada, que no pasó. Pues como decía, fuimos á la Comedia. El barón y la viuda *salieron* en el tres de la platea, el palco del general González que asistió también con su querida. La viuda sentada en primer término, detrás el barón. Hacía él bolitas de papel y disimuladamente las echaba al escote de la viuda, que iba hasta aquí (*señalando la altura de los pechos*), y después con los dedos...

**Emilio.** ¿Y de la función, qué?

**Agustina.** No sé: entre el barón, la viuda y las hijas de Miraflores, que toda la noche estuvieron haciendo mimes á unos militares de las butacas, de nada pude enterarme. Sólo sé que no gustó. Suerte que del argumento me hizo saber la crítica. Federico, que es de los que creen buena la tal obra, la defendió á capa y espada, contra el parecer de un periodista que, según Federico, es de la escuela de Ricardo. Ya ve usted si su señor está en condiciones de ser maestro y cómo pueden ser sus discípulos; pero él erre que erre. Y en aquella lucha periodística salió Hernán Cortés, Pasteur, el general Prim, Garcilaso y ¡qué se yo! Todos los personajes de Europa y del *extranjero*.

**Emilio.** Y Ricardo también, ¿eh?

**Federico.** Como que todo giraba en torno suyo.

**Emilio.** Me enteré; don Federico, me enteré.

**Federico.** Cruz me llamó ingrato por la conducta que observo ante las desgracias de mi antiguo amigo Ricardo, y usted ya comprenderá que el periodista, antes que á los que fueron sus amigos, se debe á la verdad.

**Emilio.** Sobre todo cuando se rinde tributo á una verdad convencional y cuando se trata de amigos que hacen sombra.

**Federico.** ¿Pero usted cree que Ricardo es víctima de las malas artes de alguien? ¿No está convencido de que lo que se sospechaba por sus ideas ha venido á confirmarse por su origen?

**Emilio.** De lo que estoy convencido es de que todos los que, como usted, combaten á Ricardo, lo hacen por odios, celos y malquerencias. Bastante necesitan ascender para igualarse con su víctima. (*Este diálogo continúa mudo.*)

**Agustina.** No lo quisiera yo, Dios mío. Con pensar lo que ha sufrido doña Catalina y lo que sufre mi queridísima Elvira, me pongo perdida.

**Elvira.** Anda usted muy equivocada, señora; tengo yo la seguridad de que Ricardo está enfermo, lo demuestran sus actos y sus palabras; pero así y todo, me es más grata su presencia que la de ciertas damas y ciertos caballeros que se complacen hiriendo y mortificando á sus semejantes. Ricardo enfermo y todo, me parece mejor que muchos cuerdos; porque es más digna la desgracia que la maldad.

**Emilio.** Ni por eso paso yo; Ricardo es más cuerdo que Federico.

**Federico.** Emilio, esto es un insulto. Compararme con...

**Emilio.** Si en la comparación hay quien pierde, es Ricardo, no usted. Y, en fin, ya que Elvira no se atreve, me atreveré yo; en esta casa se verá con gusto que fuesen menos las visitas de ustedes. (*Benito cesa de leer y escucha; Ricardo iba á entrar de vuelta del jardín; pero al enterarse de lo que se trata vuelve atrás.*)

**Federico.** Cuidado, Emilio, no vaya usted á dar la razón á los que dicen que se propone hacerse dueño de esta casa y de las personas que la habitan. (*Emilio se abalanza sobre Federico, pero Benito se interpone.*)

**Elvira.** ¡Insolentel

**Benito.** (*A Agustina.*) Incapaz el dueño de esta casa, en representación suya les invito á que se retiren.

**Rosendo.** Insultarse no es de buen tono, hijos.

**Agustina.** Estoy satisfecha, el insulto ha partido de otros. (*Con despecho.*) No hay desgracia peor que tratar con gente de gustos y de educación plebeya. ¿Negará don Emilio lo que dice la aristocracia del talento y de la sangre, esto es, que en don Ricardo se han presentado los síntomas de la ley de herencia? (*Se dirigen hacia el foro mientras habla Emilio.*)

**Emilio.** Lo que se ha presentado en Ricardo es un hombre que no ha querido satisfacer...



## ESCENA X

Los mismos y RICARDO (*del foro, haciendo retroceder á la familia de Agustina con un ademán imperioso*).

**Ricardo.** (*A Federico*). Usted, ente, ¿cree que son locuras lo que no cabe en su mollera? ¿Qué culpa tengo yo si Darwin no se atrevió á clasificarle entre los seres superiores? Arréglese con él y deje en paz á quien no cometió otro delito que concebir conforme un cerebro superior á los que le guían. Por desdicha de ustedes, es mucho más difícil ser un genio que ser un loco, porque les falta grados para apreciar lo grande y les sobra ruindad para comprender lo bajo. Imposible concebir la justicia, atribuyen á un caso de degeneración ajena, lo que es insuficiencia propia. Incapaces para amoldarse á la moral que impera, por ustedes santificada, arrojan á un manicomio al santo que la practica, porque ni comprender pueden haya quien sujete sus actos á las preocupaciones de ustedes. En público, beatitud; en privado, lascivia; después, loco el que les eche en cara sus defectos; loco el que no se encenague en el lodo de la sociedad; loco el que no defiende el imperio de las injusticias. Ahora escúchenme ustedes y si les queda aún restos de la bondad humana, obren en consecuencia. No soy hijo de don Pascual Alonso. Cae por falta de base todo el castillo de mi locura.

(*Sorpresa general en todos; Elvira llora amargamente.*)

**Emilio.** Ricardo, amigo mío, respeta la honradez de tu madre.

**Ricardo.** ¿Y qué es la honra de una madre ante la razón de su hijo? Aquella podrá ser la víctima de una sociedad en la que todos sus miembros pecan, si esto es pecar; mi juicio, la seriedad de mis ideas, á cuyo descrédito se tira, representa mucho más: representa el bienestar humano, y entre una víctima á muchas, prefiero el número menor, aunque lo componga mi madre.

**Benito.** Ricardo, por Dios.

**Agustina.** ¡Desgraciado!

**Federico.** ¡Pobrecito!

**Ricardo.** Pero ¿qué mundo es ese? Entre la deshonor de mi madre y mi locura, optan por ésta por no creer en lo que andan buscando continuamente, sin que les escu le el amor siquiera. A sus cerebros, llenos de convencionalismos, no entra la franca lógica de la Naturaleza; y ¡qué desgracia!, cuanto más habla en mí la verdad, más loco soy para esa gente. Ustedes, ¡claro!, creen que, de ser cierto lo que de mi madre digo, no lo diría si estuviese en mi cabal juicio. Id á preguntárselo pronto, pronto, y si después quieren ó pueden tener compasión de una mujer que ha cometido el grave delito de amar, respétenla; pero si para devolverme el juicio se ha de realizar el sacrificio del desprecio, desprécienla, que el amor de su hijo sabrá recompensar con creces las penas que causan ustedes.

**Rosendo.** (*Yendo hacia el foro y haciendo señas á Agustina para que le siga*). Sí, sí; ahora iremos á preguntárselo. (*Por el foro, seguido de Federico y de Agustina, quienes saldrán precipitadamente.*)

(*Ricardo, desde el medio de la escena y con los brazos cruzados los ve salir, adivinando el terror que causa su persona, y dándolo á comprender con una amarga sonrisa. Entretanto, Emilio, Benito y Elvira, situados en primer término, dirán lo siguiente:*

**Emilio.** ¿Qué hacemos?

**Benito.** No sé; estoy anonadado.

**Elvira.** ¡Suicidémonos!

**Emilio.** ¡Loca!...

**Benito.** ¡Loca!...

(*Elvira, al oír ¡loca!, da un grito de terror, grito que hace girar á Ricardo, mientras cae el telón rápidamente.*)

**Fin del acto tercero.**



*¡Llor á los mártires de Chicago!*







## SECCION LIBRE

### LA TRAGEDIA DE CHICAGO

No voy á reseñar el hecho; es sobradamente conocido y se ha reseñado en todos los tonos y en todos los idiomas, para que yo vaya á poner una nota discordante á tal conjunto armonioso.

Mi propósito es recordar esta fecha presentando á mis caros lectores las figuras simpáticas de Lucy Parsons, Nina Van Zandt y la madre y la tía de Lingg.

Gran consuelo, inefable consuelo es, en trances tales, verse comprendidos por los que son parte de nuestra existencia, por los que sufren en nuestras amarguras y disfrutan en nuestros goces.

El crimen de Chicago habría pasado algo inadvertido sin la entereza de la esposa, de Parsons, sin el admirable amor de Nina Van Zandt, sin el carácter entero, digno, tanto de la madre como de la tía de Lingg.

La esposa de Parsons diciendo: «Si de mí depende que Alberto pida perdón, que lo ahorquen.» Nina Van Zandt, perteneciente á la aristocracia americana, que se enamoró de Spies en el banquillo de los acusados, queriendo ser la viuda de un ahorcado, ella, la favorecida por la fortuna y la agraciada con todas las bellezas físicas y morales al escribir: «Prefiero la censura de esa sociedad *moral*, que no puede comprender un verdadero amor, duplicado por la mancomunidad de ideas y por la desgracia, que no casarme con un viejo vicioso é inválido, pero poseedor de grandes riquezas, mereciendo de esos moralistas muchas alabanzas». La madre de Lingg, escribiéndole: «Después de tu muerte estaré tan orgullosa de tí como lo he estado durante toda tu vida. Declaro que si yo fuese hombre, hubiese hecho lo mismo que tú». Y la tía, que lo amaba entrañablemente: «Querido Luis: suceda lo que quiera, aunque sea lo más malo, no te muestres débil ante esos miserables». Estas cuatro mujeres convirtieron la tragedia de Chicago en un poema de inimitable belleza que, ni Dante con ser un genio capaz de despertar el sentimiento de lo maravilloso, habría podido caracterizar; y es porque el amor es la epopeya más formidable de las epopeyas humanas, y envuelto con el crimen judicial de Chicago, brota potente, magnífico, sublime el amor humano cristalizado con el amor á un ideal mucho más grande, mucho más hermoso, mucho más justo que los amores que en sus cantos ha legado á la posteridad el inmortal autor de *La divina comedia*.

¡Ah; cómo conocieron la sociedad en que vivían aquellas admirables mujeres!

Los tiranos siempre serán tiranos, y los hombres que defiendan la anulación de la tiranía, siempre se verán perseguidos, llámense como se llamen, mientras exista aquélla.

En la tragedia de Chicago no se perseguía al autor de la bomba que estalló en la



reunión de Haymarket; se perseguía la idea de la verdadera libertad é igualdad; se perseguía la anarquía.

De sobra sabía el jurado, comprado de antemano, que no era ninguno de los procesados el autor del hecho; pero convenía á la burguesía norteamericana que corriera la sangre del justo para detener el movimiento de los que se atrevían á anteponer la satisfacción de las necesidades humanas á la inviolabilidad de la clase dominante y al derecho de usurpación de la raza privilegiada.

Bien contestaron aquellas animosas mujeres. Ojalá sirvan de ejemplo á las que se encuentren en el mismo caso. Del tirano no debe esperarse nada.

SOLEDAD GUSTAVO.

## NOTAS DE UN BOHEMIO

### III

.....  
Tres meses de calvario, es decir, tres más adicionados á la suma enorme de los pasados sufriendo. Pero estos últimos han sido de prueba: hambre, miseria, sed, cansancio. ¡Oh! ¡Qué triste es la vida en estas soledades africanas; qué dolorosas son aquí las decepciones! Este suelo, tostado por el sol de todo un verano, apena el ánimo del bohemio desfallecido, hasta sentir deseos de muerte. Ni un árbol, ni una flor; todo seco.

Grande es la naturaleza en todas las latitudes, é imponente el espectáculo de su majestad en cualquier forma que se presente ante los ojos del peregrino; pero la fertilidad del litoral, sus profundos abismos cuya agreste poesía cantan los riachuelos al precipitarse por las infinitas cataratas; sus valles inaccesibles, poblados por feracísima vegetación; sus altos montes, verdes como los de mi país, pero más pintorescos, porque en aquéllos falta el esbelto gigante vegetal de ramas ondulantes y graciosas como las curvas del atrevido arco de la arquitectura árabe, y el pastor, casi bíblico-tipo real de las leyendas orientales que los idealizan con idilios ingenuos y cantos monótonos de soñadora fantasía, me gustan más, mucho más, que estos áridos paisajes del interior del continente...

Pero, estás enfermo; has sufrido mucho. Tu cabeza pesa como si fuese de plomo, tu cerebro no puede coordinar dos ideas. No, no escribas más. ¿No ves que, en medio de esta inundación de luz la vista se apaga, que el sol de fuego no calienta tus nervios ni tu sangre, entumecidos aquéllos y convertida en suero ésta? ¿No sientes que todo da vueltas con rapidez vertiginosa y que los oídos zumban y que el pensamiento desfallece? No, no escribas más. Haz un esfuerzo, y si tus piernas pueden sostener tu cuerpo, anda, anda hasta el hospital; allí curarás tus dolencias. Eres joven y fuerte; anda, anda. ....

¡Oh! Espíritu grandioso de los siglos, tú fortaleces al hombre prodigándole recursos para salir de situaciones afflictivas. Tu ciencia, cura ó mitiga sus males; le enseña, en casos como éste, la distancia que le separa del sitio donde la vida puede fortalecerse; le explica por qué este sol abrasador es aquí más ardiente que en otras latitudes, y con lenguaje profundo y elocuente, estos llanos, semejantes al Océano, rebelan



al bohemio, triste y abatido, el secreto geológico de su suelo. Nuevo Jesús, este espíritu augusto de la majestad humana, encarnado en el hombre moderno, le dice al desgraciado en situaciones desesperadas, con tono imperativo: ¡Levántate y andal...  
.....

Probablemente nadie leerá estas notas. Son tan tristes, está tan abatido el espíritu que las dicta, y tan torpe la mano que las redacta... Las angustias y laxitudes, la anemia y la melancolía, forman una extraña asociación, cuyo fin es la muerte, y si esta asociación ocupa las habitaciones de un pobre cerebro, romántico y sensible hasta la exageración, rodeado de dolores y tristezas, no pueden ser sino lamentos.....  
.....

¡Qué cruel es esta enfermedad! En poco tiempo ha consumido todo el vigor del bohemio; su robusta constitución ha sido vencida en pocos días.....  
.....

Este hospital, triste como el ángel de la tisis, parece, á juzgar por el orden que en él reina, que un ejército victorioso, única fuerza que no respeta estos centros del dolor y la pobreza humana, lo haya profanado con sus bárbaros excesos.

Lúgubre como la muerte, se sienten escalofríos al contemplarlo.

Sobre un armatoste, formado con cuatro maderas sin labrar, hay un sucio jergón, duro como el suelo donde reposan los muertos. Esto no es un lecho para restablecerse de una enfermedad, sino un fúnebre sarcófago, frío como el mármol, y aquí, sin más vida que la del delirio ni otra fuerza que la de la fiebre, yace una momia que, sin un milagro de la naturaleza, no tardará en ir á formar parte del gran todo material.

En las maderas que forman la pared de esta santa guimbarda que preside don Juan de Robres, y á un metro de altura de la cabecera del enfermo, un número 20, trazado al parecer con los dedos, indica el orden de lo que podemos llamar cama, aunque sólo sea por antonomasia. Hasta las cifras del número son tristes. El dos, caído hacia la izquierda, parece un enfermo cuya cabeza pesada como el plomo, no puede sostener su mal trazada base, y el cero, de forma ovalada, pero incorrecto, abierto por la parte superior derecha, como la o de la escritura inglesa hecha por un niño, y además algunas gotas corridas al trazarlo, por efecto de estar demasiado líquido el color, parece un pequeño reptil herido que intenta enroscarse inútilmente. El 21 está ocupado por otro enfermo, víctima de la misma enfermedad, pero en otra fase más próxima á la muerte. Es un indígena, un pobre musulmán, joven, atlético. Formando parte de un regimiento de tiradores argelinos había ido al Dahomey á conquistarlo para Francia. Después de su regreso á Argelia, anémico, tuberculoso y, en consecuencia, inútil para el servicio, había sido licenciado; y de paso hacia su país, sintióse sin alientos para continuar la marcha; refugióse en esta mansión de la muerte, bastante más triste que el cuartel y la cárcel, no obstante ser mucho estos dos engendros de la maldita sociedad en que vivimos. ¡Pobre Kadur!

ANTONIO LÓPEZ.







# TRIBUNA DEL OBRERO

## UN CUENTO CORTO QUE PARECE HISTORIA

Nación cuyo nombre no hace al caso, sostenía una guerra que la desangraba por todos los poros de su cuerpo, y la consumía hasta el último céntimo.

Todos los que por la lectura de los libros que á ella se refieren, conozcan á la nación de este cuento, estarán conformes en que son envidiables sus condiciones y que todo en ella invita á la vida, tanto por su situación topográfica, que la hace disfrutar de un clima benigno y delicioso, como por la fertilidad de su suelo, que la da el título de una de las primeras en producción, asumiendo además en sí todos los encantos que la Naturaleza pudiera haber repartido por el resto de la tierra, y que parecen invitar á la Humanidad á vivir y gozar.

Pues bien, este pueblo en el que tanto se esmeró la Naturaleza, cubriéndole con todas sus galas cual si lo hiciera para inspirar verdadero amor á la vida, era al que menos apego mostraban sus moradores, y en el que no hallaban más solución para las cuestiones, por nimias que éstas fueren, que aquellas que se pudieran dar y tomar en el terreno de las armas; y cuenta la fama que los hijos de ese pueblo convertíanse á la vista de la sangre en leones ansiosos de destrozar á zarpazos á sus enemigos.

No puede dudarse de que el modo de ser de aquel pueblo, se debía á su falta de ilustración; pues si conocía al dedillo las fábulas que sobre sus guerreros se contaban, ignoraba por completo los hechos de sus sabios.

Cuando niño, en la cuna se había adormecido con cantos que recordaban las hazañas de sus luchadores, y mayor las aprendió en la escuela.

Nadie sabía quién fué Luis Vives ni Miguel Servet. Nadie ignoraba los hechos de Gonzalo de Córdoba ni los del Cid Campeador.

Pueblo de tal modo educado, había de admirar los instrumentos que servían para la guerra y de aborrecer los que para el trabajo sirvieron; así, mientras sus campos estaban yermos, los mozos iban al combate; así, mientras las academias estaban vacías, las plazas de los toros rebosaban.

Y sucedió que, no queriendo el pueblo aquél salirse de sus tradiciones, mientras los otros pueblos trabajaban y aprendían á vivir la vida de los pueblos cultos, era víctima de embaucadores, que se llamaban patriotas, y de vividores que, mientras le enseñaban el camino del cielo, le desbalijaban los bolsillos. Y así fué como este pueblo murió ahogado por la corriente del progreso, y como fué invadido por pueblos que, sobre todas sus virtudes, ponían la actividad en el saber y trabajo.

FRANCISCO TOMBU.